

# DESMITOLOGIZACION POR EL MITO: Fuerza de denuncia de la lucha de los héroes contra Vucub Caquix en el Popol Vuh

RICARDO FALLA

## RESUMEN

*Ricardo Falla, conocido antropólogo y colaborador en esta revista, nos ofrece el análisis de un pasaje del Popol Vuh, y trata de mostrar la desmitologización del texto que simboliza la lucha de los dos civilizadores contra el representante de la opresión hacia el pueblo. El poder de aquél está presentado por los signos de ostentación y de riqueza extraída del pueblo, mientras que éste lucha con su fuerza, su trabajo y su sabiduría, para recuperar la riqueza, los valores y el poder usurpado por Vucub Caquix. Esta lucha es permanente, siempre habrá usurpadores y opresores, y el pueblo, representado en Hunahpú e Ix-balanqué, tendrá que seguir realizando permanentemente su liberación.*

En esta ponencia\* queremos presentar, primero, el análisis de una unidad mítica del Popol Vuh y, segundo, señalar alguna línea prioritaria por donde creemos que debería caminar la antropología actual en Guatemala.

La opción fundamental de esta ponencia ha sido bien definida en la declaración de los antropólogos latinoamericanos reunidos en Barbados en enero de 1971: la antropología debe "aportar a los pueblos colonizados todos los conocimientos antropológicos, tanto acerca de ellos mismos, como de la sociedad que los oprime **a fin de colaborar con su lucha de liberación**". Lo importante de esta declaración está en esta última frase que hemos subrayado. La antropología como conjunto sistemático de conocimientos debe responder a la opción del antropólogo a favor de la lucha de liberación de los pueblos oprimidos, en el caso de Guatemala, tanto de los que se identifican como indígenas, como los que no.

## I

En el Popol Vuh, como tónica general, no encontramos a primera vista este espíritu, ya que dicha obra trata más bien de legitimar a nivel mítico e histórico la existencia del pueblo quiché, la propiedad de sus tierras y la autoridad de sus jefes en lucha con otros pueblos que competían con el pueblo quiché por la supremacía de la región. Estas guerras se libraban entre pueblos de aproximadamente el mismo nivel de poder y no eran guerras de subversión de pueblos oprimidos contra sus jefes opresores. Más bien, el Popol Vuh exalta a sus jefes y oculta las diferencias de clases que existen entre ellos y el pueblo campesino, que los sustenta con sus tributos. El Popol Vuh omite, por ejemplo, la revuelta que traen los

**Ponencia presentada en el Congreso sobre el Popol Vuh, en Santa Cruz del Quiché, junio (4-6) 1979.**

Anales de los cakchiqueles en contra de Quicab por parte del pueblo y los soldados debido a los pagos de tributo y las restricciones de las comunicaciones y del comercio. Este relato no se ajusta a los fines del Popol Vuh como obra que engrandece al pueblo quiché. No le conviene mostrar las divisiones internas de su pueblo, del campesinado contra los jefes. Pero, los cakchiqueles, que entonces eran sus enemigos, lo resaltan.

Esto indica que el Popol Vuh exige, precisamente para que se desencadenen todas sus virtualidades de aplicación y denuncia a la actualidad, un análisis desmitologizador. No podemos aceptarlo tal cual es y trasponerlo a nuestros días. Se necesita una profundización.

Ahora bien, la clave de esa profundización no ha de ser extrínseca a la obra. Podría parecer paradójico, pero esa clave de interpretación desmitologizadora o, más exactamente, desideologizadora, se encuentra en los mitos que parecen responder a las tradiciones más antiguas de la obra, aquéllos que se encuentran intercalados entre las tres creaciones fallidas del hombre y la cuarta creación, donde los héroes son los hermanos Hunahpú e Ixbalanqué, que luchan contra los gigantes orgullosos y contra los señores de Xibalbá. El mito, por apuntar a los modelos elementales y ahistóricos de la humanidad y, en este caso, del pueblo quiché, es un instrumento de desenmascaramiento de la ideología histórica, no sólo del pueblo quiché en el Popol Vuh, sino de la humanidad.

Estos mitos tuvieron, según la intención colectiva del pueblo que los sustenta, esta finalidad, ya que el mismo Popol Vuh, al hablar de la lucha de los dos hermanos contra Vucub Caquix (Siete Guacamayo) expresamente le confiere a esa misma lucha un carácter ético universal: "asi deben hacerlo todas las gentes" ("quehe cut chubaná ronohel uinac") (18, 20)<sup>1</sup>

La unidad mítica de la lucha de Hunahpú e Ixbalanqué contra Vucub Caquix tiene una riquísima capacidad de desideologización, denuncia y motivación para nuestros días, no sólo porque desmonta la falsa autoridad de los gobernantes que se legitiman con el brillo de las riquezas (capital), sino porque en su aplicabilidad excede los límites de la identidad étnica de un pueblo, resolviendo así la problemática teórica y práctica de la dialéctica entre la clase y la etnia de una forma simbólica.

¿Cuál es el objetivo de la lucha de los dos muchachos, Hunahpú e Ixbalanqué? Por la colo-

cación del mito en el conjunto de la obra podemos responder a esta pregunta. Como ya lo dijimos, está situado después de los intentos de los dioses de crear al hombre, primero extrayendo de los animales la palabra, cuando los animales sólo chillan, cacarean y graznan; segundo, formando hombres de barro, que se deshacen ante las fuerzas naturales del sol y la lluvia; y tercero, labrando a los hombres de madera, los cuales sólo pueden procrearse, sin amarse y sin reconocer el don de la vida.

Allí se coloca este relato. Indica que previamente a la creación exitosa del hombre debe darse una batalla cósmica, la cual abarca las entrañas mismas de la realidad, entre las fuerzas de la claridad y las fuerzas de la mentira, las del Corazón del cielo y las de todos aquéllos que quieren frustradamente atentar a convertirse en tal. Sin el triunfo de la claridad no puede haber hombre.

Esto implica para el relato dos eventos, uno es que haya un ser, el hombre, que tenga la **claridad interna** para reconocerse a sí mismo en su profundidad como un don de los dioses y del Corazón del cielo; y el otro, que haya una claridad extrínseca al hombre, una revelación, **una salida del sol**, que posibilite esa claridad interna del hombre. Por eso, el objetivo de la lucha de los dos héroes es **destronar radicalmente a los falsos soles**, incapaces de irradiar la luz en los hombres, y **cimentar un pueblo sobre la verdad del Corazón del cielo**.

Si esto no se consigue, el pueblo, cuya validación ideológica y religiosa se fundamenta a través de todo el Popol Vuh, será un pueblo sin misión histórica sólida. Si carece de esta misión, será un pueblo que se paralizará en su peregrinar en busca de tierras y será derrotado por los enemigos. Será un pueblo, cuya propiedad de las tierras que ocupe, podrá ponerse en cuestión. Un pueblo sin moral y sin vida. Por eso, cuando Vucub Caquix se arroga los atributos del sol exclama: "por mí caminarán y vencerán los hombres" (33).

De allí la enorme fuerza de aplicación de este mito a nuestros días en que aparentes soles, con el brillo exclusivo de la riqueza y del poder, pretenden sustituir para sus propios intereses, la misión del pueblo indígena y guatemalteco. Con falsas metas nacionales, atentan a su moral y su vida suprimiendo por su acaparamiento de los bienes de destinación popular, los principios fundamentales de legitimación del uso de los mismos



(sobre todo, las tierras) por el pueblo ya que, en Guatemala, la legitimación de la propiedad está a favor de Vucub Caquix. Veámoslo en el mito.

Vucub Caquix, Siete Guacamayo, es principalmente un animal, cuya “única ambición era engrandecerse y dominar” (33). Fundamenta falsamente su dominación en una serie de características de su persona y de sus cosas que se pueden reducir a una sola, **riqueza que simboliza poder**. Los ojos son de plata y de esmeralda y según él penetran las entrañas de todas las cosas, pero en realidad “su vista alcanzaba sólo el horizonte” (33). Su sabiduría es pues ficticia, pues no está basada en lo que él es, sino en lo que parece. Sus dientes son perlas preciosas y cuando habla, según él, es como si el cielo estuviera mostrando su alegría o su furor: “mis dientes... semejantes a la faz del cielo”. Toda su personalidad, pues, no es ni inmensamente comprensiva y amable, ni inmensamente fuerte. Su nariz, dice él que “brilla de lejos como la luna”. Será la luna menguante o creciente. Pero su nariz sólo es un pico de ave, que no se asemeja a las facciones perfec-

tas de la descendencia del pueblo. Su trono es de plata y “la faz de la tierra se ilumina cuando salgo frente a mi trono”, pero ese símbolo de autoridad es totalmente accidental, extrínseco y sin consonancia con su personalidad, ya que cuando sustituye al trono por el árbol donde va a comer y a ejercitar su animalidad se vuelve vulnerable al ataque. Su ambición de poder y engrandecimiento, pues es una ambición animal, falsamente sabia, de una personalidad sin emociones verdaderas y de una ficticia pertenencia al pueblo.

A este respecto es importante hacer notar el término que usa el Popol Vuh por engrandecimiento: “mavi are **chivinaquir**” (18, 23), “no deben engrandecerse”, dicen los héroes. El engrandecimiento está considerado como la equiparación al pueblo (uinac: pueblo). Por tanto, no sólo se está igualando al Corazón del cielo con su resplandor sin fundamento cuando afirma engreído, “yo soy el sol!”(35), sino que está sustituyendo su esencia por la de la humanidad, la de su pueblo. La ambición de dominar que lo mueve implica esa doble vertiente.



La base que sustenta su ambición es una riqueza que simboliza poder, esto es, un material que por su escasez sube de precio, puede ser obtenido sólo por el que tiene capital (fruto del trabajo ajeno) y por eso señala al poderoso: "sus riquezas, sus piedras verdes, sus materiales preciosos, sus esmeraldas, sus alhajas" (34). Esta riqueza tiene su aspecto de brillo y de capacidad simbólica hacia afuera: "EaEal" (k'ak'al), de k'ak', fuego, resplandor como fuego, como sol; y otro aspecto de capital: "puvac" (18, 23), acumulación de lo que es considerado valioso. El mito no niega explícitamente que los jades y metales preciosos tengan el valor que se les atribuye o posean esa capacidad simbólica. En este sentido no llega a desmontar el origen del valor, ni se puede esperar que lo hiciera. Pero el mito sí **niega** el derecho de Vucub Caquix a poseer estas riquezas y a utilizar para sí este símbolo, ya que dicha riqueza simbólica sólo le puede pertenecer al sol verdadero y a los antecesores míticos del pueblo. Por eso, la lucha de los héroes míticos, como representantes del pueblo, está dirigida a arrebatarle a Vucub Caquix sus piedras y alhajas, y este acto no será un robo, sino una recuperación justa, ya que él es quien se ha adueñado de lo que no le pertenece.

Por fin, Vucub Caquix no es sólo él. Su soberbia se extiende por descendencia a sus hijos, los cuales sustentan su orgullo, en último término, en la misma base de poder arrogada por su padre, las riquezas simbolizantes de poder: "siguen a su padre", "chrih qui cahau" (20, 4). Pero de padres a hijos la especialización cambia de signo, pues mientras el padre dice "in quih!", "yo soy el sol!" (20, 1) y pretende asemejarse a la risa y furia del cielo, los hijos se identifican con los poderes que afectan la tierra, Zipacná para hacer los montes y Cabricán para destruirlos. Ambos hijos desarrollan actividades especializadas también entre sí opuestas. Y mientras el padre, descansando, luce su gloria, los hijos, como administradores suyos en la tierra, están activos removiendo la naturaleza que afecta a los hombres. El poder arrebatado se concentra, pues, en una familia, de la cual no está excluida la mujer, Chimalmat, que guarda desde la sombra el hogar.

Hasta aquí Vucub Caquix. Veamos ahora cómo se caracterizan sus contendientes. Lo más saliente de ellos es que son dos jóvenes huérfanos que se contraponen a Vucub Caquix en su gran pobreza o, quizás mejor, en su gran elementalidad: no tienen más que lo elemental, su cerbata-



na, gracias a la cual se mantienen día a día de lo que cazan, sin poder acumular cosas ni extorsionar a otros. Viven de su trabajo, el cual en el estado de libertad mítica en que se encuentran, se asemeja al juego.

Sin embargo, la cerbatana significa un paso formidable por encima de sus adversarios activos, los hijos de Vucub Caquix, que sin instrumentos mueven los montes, de Vucub Caquix mismo, que no tiene más que su pico como instrumento de trabajo para recoger su comida y como arma para despedazar al enemigo. Los dos muchachos poseen, en cambio, el instrumento más elemental de trabajo: el arma de la cacería de pájaros y con él tienen un paso dentro de la cultura, que supone la inteligencia. Son, por eso, héroes culturales del pueblo.

Por eso, a ambos los llama el mito "cabauil": "xavi e cabauil", "ciertamente eran dioses" (18, 17). Es decir, que poseían virtualidades que sobrepasan las de los hombres. Sin embargo, eso no desvirtúa la capacidad de denuncia del mito, como si sus acciones fueran propias únicamente de los dioses y no de los hombres, puesto que por su carácter de héroes culturales son maestros originales del comportamiento fundamental del pueblo. Más aún, así como estarán mostrando cómo el instrumento de trabajo se convierte en arma mortífera de lucha cósmica, para que así lo hagan todos los pueblos, el objeto de su lucha, como ya vimos, es posibilitar la existencia del pueblo, objetivo del que el pueblo no puede desentenderse por ser lo que él es.

Como huérfanos, en contraste con Zipacná y Cabricán, no tienen padres de quien derivar su poder. El poder es propio, sin extensiones simbólicas. Sin embargo, sus abuelos viven. Son dos viejos: "él tenía los cabellos completamente blancos y ... (ella era) de verdad muy vieja y humilde, ambos doblados como gentes ya muy ancianas" (36). Contrastan con los muchacho en la edad y en el tipo de actividad propia de la edad, pues mientras éstos son cazadores, los otros se dedican a la curandería. Si Vucub Caquix descansa en su trono, mientras sus hijos revuelven la tierra, los viejos aún trabajan, dentro de las limitaciones de sus fuerzas, y reciben por los favores que hacen regalos de comida para vivir día a día.

Así tenemos frente a frente, no sólo en contraste lógico estructural, sino en lucha a muerte, a los dos conjuntos de contedientes míticos: Vucub Caquix, acaparador de riquezas, falsamente asentado sobre el poder que estas le

confieren, y los héroes en su elementalidad; Vucub Caquix engrdeído en una sabiduría aparente, y los héroes, generadores de cultura; Vucub Caquix arrogándose la esencia del Corazón del cielo y los héroes con la misión de reivindicarlo; Vucub Caquix fundando ilegítimamente al pueblo, porque su ambición en vez de darle vida le lleva a quitársela, y los héroes devolviéndole las riquezas y la vida al pueblo. Más aún, los héroes como modelos culturales, se identifican con ese pueblo y por eso su lucha contra Vucub Caquix puede considerarse como la lucha del mismo pueblo contra sus explotadores y dominadores.

¿Cómo se lleva a cabo esta lucha? La lucha es a muerte y los dos jóvenes, que son los que la inician como misión del Corazón del cielo ("se marcharon los dos muchachos, habiendo ejecutado así la orden del Corazón del cielo") (29) pretenden eliminar en ella por completo a Vucub Caquix y sus hijos. Ya dijimos antes que es un combate mítico entre las fuerzas del bien y las del mal, donde las del mal tienen que quedar completamente derrotadas.

Pero el combate, aunque el mito trata a sus héroes más como figuras esquemáticas que como verdaderos hombres, es uno en el que los héroes deben padecer y deben derramar sangre, perdiendo al menos, si es que no mueren, alguna parte de su cuerpo. Es una lucha necesariamente sangrienta.

Encontramos en ella dos acciones. Ambas tienen como meta inmediata la deslegitimación simbólica de Vucub Caquix. La primera, cuando los dos muchachos disparan la cerbatana a la quijada de Vucub Caquix, mientras él desguarnecido simbólicamente, da rienda suelta a su animalidad desintegrada; y la segunda, cuando los viejos le sustituyen por maíces blancos sus relucientes dientes. Ambas acciones se dirigen a los dientes, que son las alhajas más íntimamente unidas a su personalidad y, a la vez, el nexo de su falsa personalidad con toda su riqueza. La pérdida de las perlas preciosas en la boca lo desconecta de la posibilidad de volverse a sentar en su trono y de ostentar su riqueza. Cuando, sentado en su trono quisiera hablar —la palabra como vehículo necesario de dominación— inmediatamente se le notaría su engaño y el contraste de la vaciedad de su palabra con la ostentación extrínseca de su riqueza haría el engaño de su ostentación más palmaria.

Ambas acciones, la de los jóvenes y la de los ancianos con un hiato intermedio de genera-



ciones, se complementan, la primera para iniciar el dolor y la enfermedad y la segunda para darle una curación, que es la muerte. La primera pertenece a la guerra, la segunda a los dominios de la ciencia de la vida, privativa de los poderes no experimentables. La primera es un prenuncio simbólico de la segunda, puesto que hace caer del árbol a Vucub Caquix como si cayera del trono. La segunda es la realización completa de la primera, puesto que "al instante decayeron sus facciones y ya no parecía señor" (38) y pronto muere.

Así vamos viendo cómo en esta lucha entran elementos inextricablemente vinculados de desmitologización ideológica y de violencia, tanto con arma (la cerbatana) como con ciencia y poderes sobrenaturales.

Vemos también cómo las potencialidades de esta lucha, para la cual el Corazón del cielo da su misión, no radican más que en el pueblo pobre y elemental, destituido de símbolos opacadores. Y cómo, a nivel general, se puede hablar de una dialéctica entre las fuerzas del caos y de la naturaleza (Vucub Caquix) y las fuerzas ordenadoras de la cultura (los héroes). Pero a la vez se nos muestra cómo naturaleza y cultura no son sólo dos categorías abstractas que sirven para **comprender** el mundo, sino que son dos fuerzas presentes en el surgimiento de los pueblos, cargadas de valoraciones éticas. El término cultura adquiere, entonces, una relación directa a la liberación del pueblo pobre y oprimido y el de la naturaleza a la opresión del mismo pueblo.

El resultado de la lucha entre Vucub Caquix y los héroes y sus abuelos es de gran significación: "así se perdieron las riquezas de Vucub Caquix. El médico (esto es, el viejo) se apoderó de todas las esmeraldas y piedras preciosas que habían sido su orgullo aquí en la tierra" (38). La riqueza de Vucub Caquix pasó a los héroes culturales del pueblo, de los cuales fluye la vida y la riqueza para el pueblo. Esos ancestros creadores no se engrandecen con esas riquezas, sino que las distribuyen, aunque en el correr del tiempo habrá jefes que, como Vucub Caquix, se endiosen con el acaparamiento de las mismas. El mito denuncia, por eso, situaciones de injusto acaparamiento y ambición para **hacer** que se vuelva a la situación igualitaria y elemental, ¡con cultura! (con cerbatana y ciencia), del origen.



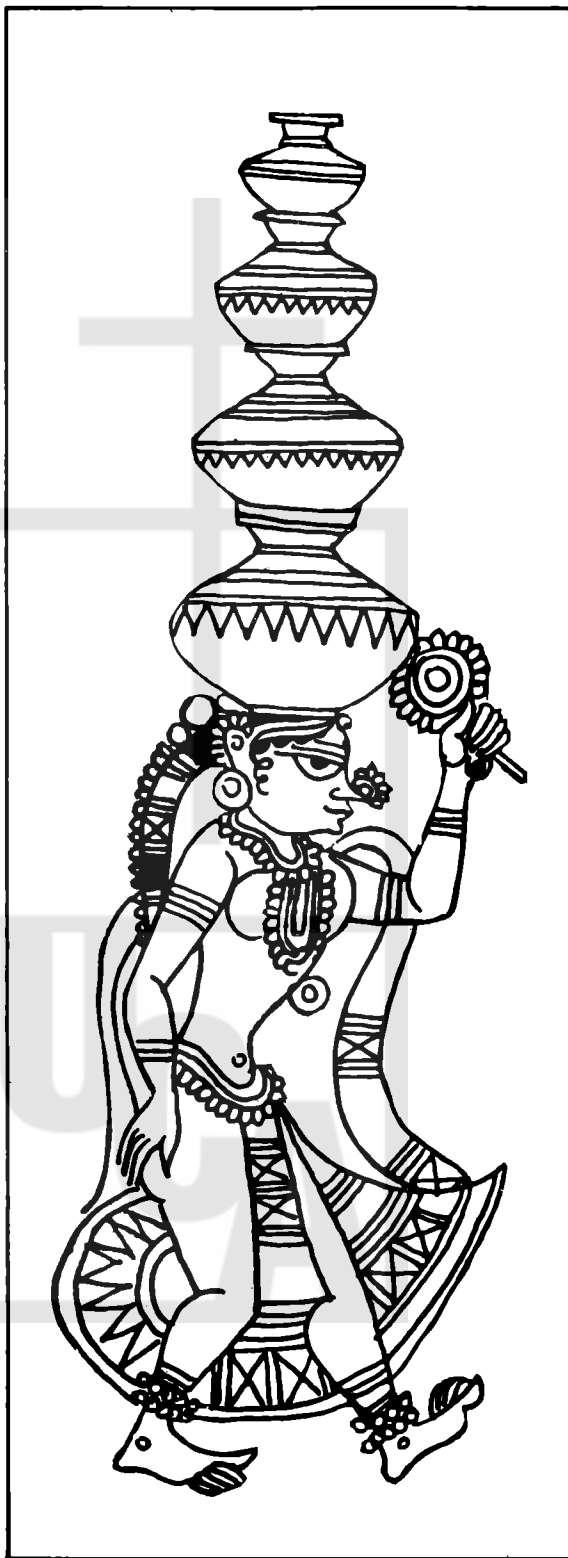
Aunque todos en nuestro ser encontramos las fuerzas opresoras del caos y llevamos por dentro hasta la muerte un pequeño Vucub Caquix, que se engrandece y nos domina frecuentemente, la opción valorativa que encontramos en el mito nos orienta al apoyo completo de la lucha del héroe destituido y sencillo, que diariamente muere y se levanta: el pueblo.

## II

Como antropólogos —he aquí una pista perspectiva— nuestra función se ha de encaminar, entre otras, a una prioridad, que como la acción de Honahpú e Ixbalanqué y sus dos viejos abuelos, se oriente a **la deslegitimación de los símbolos del poder dominante y a su traslación**, como la riqueza de Vucub Caquix, **al poder del pueblo**. Necesitaríamos más espacio para fundamentar esta afirmación, que evidentemente no la estamos deduciendo del mito y su análisis.

En la actualidad, entre los símbolos que están inmediatamente engranados en la acción del pueblo y los símbolos engranados en la acción de los Vucub Caquix hay una serie de niveles de replicación y transformación que hacen más difícil ver la relación entre ambos. El antropólogo suele enfocar, por su entrenamiento profesional, los niveles populares, pero no puede perder de vista en su análisis el influjo mutuo de todos estos niveles simbólicos, aunque medien entre ellos rupturas culturales aparentemente insalvables. Esa aparente insalvabilidad ha llevado a muchos de nosotros a la equivocación de encapsularnos en esquinas culturales esotéricas, como si fueran sistemas cerrados, a reducirnos a aspectos semánticos y lógicos, como si carecieran de relación con fines de poder, a escondernos en comunidades campesinas o indígenas, como si no estuvieran inscritas en una estructura de poder nacional, a enfocar sólo la cultura indígena como si no hubiera un reflejo y contraste mutuo con la nacional.

La deslegitimación de los símbolos del poder dominante es una tarea importante actualmente en Guatemala. Por un lado, el sistema tiene medios cada vez más potentes para presentar los símbolos del poder y de las riquezas hasta en el hogar mismo (piénsese en la radio y la televisión) y los gobiernos y las clases dominantes poseen mecanismos para mantener controladas y aliadas a las instituciones, como las religiosas, que manipulan los símbolos de la trascendencia. Pero, por



otro lado, estamos asistiendo a un resurgir de la conciencia y organización popular en todas las esquinas del país, causado entre otros factores por la transmisión de los medios de comunicación de los hechos de represión a los que llega la ambición de dominación y por la tensión cada vez más aguda que se percibe ante la imposibilidad de participar de las riquezas del país y del gobierno del mismo. El elemento dominador y opacador de los símbolos va gradualmente desmoronándose y va cobrando vida la virtualidad de liberación que guardan siempre.

Por eso, no se trata sólo de deslegitimar símbolos opresores, sino de potenciar los símbolos liberadores que reconoce la conciencia colectiva, como hemos intentado hacerlo aquí. Descubrir dichos símbolos supone para el antropólogo un cuidadoso análisis de los procesos económicos y su lógica de valores, de las estructuras sociales y de poder y del entramado mental en el que se inscriben los símbolos. Más aún, exige el estudio de experiencias nuevas en las que se reactivan elementos simbólicos en formas que jamás habríamos sospechado.

